

—Caras vemos....

—No hay que fiarse.

—Oiga usted, mi alma, vé uno cosas....

El rum rum corrió de boca en boca hasta la cocina, y á poco rato aquel casamiento no era ya un misterio para nadie.

En la tarde de ese mismo día, el padre González llegó á la casa conduciendo una niña.

Esta niña, el padre González y Castaños, entraron á la recámara de doña Refugio, y allí permanecieron por mucho tiempo, sin que nadie hubiera sabido lo que allí pasó.

En la noche se celebró el casamiento *in extremis*, y todavía la enfermedad permitió á Doña Refugio algunos días de sufrimientos, al cabo de los cuales, al lado de su marido, de su hija y del padre González, murió como buena cristiana.



CAPÍTULO XIII.

EL CANTO DE LAS TÓRTOLAS.

IMPOSIBLE fué la unión de Salvador y Chona; Salvador se había empeñado en que el diablo, disfrazado con traje talar, se había apoderado de aquella mujer que había manifestado tan felices disposiciones para el espiritismo; pero no había remedio; Chona desbarraba de una manera estupenda y á Salvador no le quedó más recurso que plegar sus banderas.

—Al diablo doy mi ciencia y mi expe-

riencia: recíbase usted de doctor en aventuras galantes, gástese usted en París, amamante usted una filosofía toda de ilustración y positivismo, sea usted partidario del realismo, de la verdad, para que lo repruebe á usted un sinodal de esta calaña, para que lo arroje á usted de su edén, Cristo en mano, una mujer que se le vuelve á usted entre las manos una Santa María Egipciaca.

De dónde diere, ella se ha salido con la suya; y lo que es su gloria eterna, se la mama como tres y dos son cinco: buen provecho le haga: hé aquí una bienaventurada de quien, por más que haga, no podré ser partidario.

¡Estupidez! ¡arrojar por la ventana mi pomo de esencia de violeta de los Alpes para quemar incienso, aroma que sólo la gracia de Dios puede hacer soportable!

Vamos, esto no tiene vuelta de hoja, ¿qué va usted á hacer con una virtud que se reedifica, con una santa que se encarna, con un pecador que se arrepiente?

Yo represento ante mi estimable presa

todo el gentilismo, toda la impiedad, todos los horrores del infierno, y con tan bellas prendas, no queda más recurso que retirarse con armas y bagajes.

Manos á la obra.

Hacía dos días que Chona y Salvador no se hablaban. Chona había llorado mucho y Salvador había pensado mucho.

—Chona, entró diciendo Salvador, ¿dónde quieres que te conduzca? ¿á la puerta de qué iglesia quieres que te lleve para que puedas emprender cómodamente el vuelo que tienes preparado hacia la gloria eterna, que tengo el mal gusto de rehusar por ahora?

—Salvador, contestó Chona con voz moribunda, eres muy cruel. Por más que he hecho, no he podido cerrar los ojos á la justicia; mi conciencia me habla á pesar de tu amor, á pesar de todo, te amo, pero sufro.

—Es natural: no me había provisto de indulgencias plenarias, ni de salvo conductos de ninguna clase: al amarte, te amé porque creí por un momento que serías capaz

de amar tú también, pero no conté con tu manía religiosa.

—¿Dónde quieres que te lleve, ó qué es lo que pretendes que haga yo con tu persona, en todo caso, no quiero perjudicarte. Voy por mi parte á buscar otro diablo como el tuyo, para que me enseñe á cambiar tan bonitamente de opinión, porque veo que para que se verifiquen estos cambios inexplicables, debe haber causas tan poderosas, que me siento inclinado á averiguarlas para apuntarlas en mi librito. Era lo único que me faltaba saber.

—Realmente contestó Chona, haciendo un esfuerzo, para que estos cambios se verifiquen, existen causas tan poderosas, que tú no podrás nunca comprender.

No he sido bastante ciega que no haya llegado á ver lo que tengo delante de mí; y esto me prueba que no hay más que una ley, y separarse de ella, es cerrar los ojos para abrirlos después en medio de la desolación del desengaño.

Dichoso tú que aún puedes tomar á ex-

travagancia mía lo que no es más que el resultado de una ley irrevocable y eterna; pero sigo rogando al cielo y seguiré pidiéndole noche y día que te ilumine, para que llegues á ver tan claro como yo: esto es, que no hay más que una misión, que no hay más que un matrimonio, que no hay más que una ley.

—Amen, murmuró Salvador y luego continuó.

—Me desespera tu santa resignación y renuncio á comprenderla, voy á vender mi resto de vigor y de vida, tengo un peso en el alma que me agobia; pensar que ya no me amas es un infierno que no me había imaginado, y pensar que no sé qué legión de santos te arrebató de mis brazos, es tener una causa perdida; porque, en medio de todo, no quiero romper lanzas con tus mitos, supuesto que los hago el honor de concederles todo el mérito de la victoria.

Repetidos diálogos de esta especie tuvieron lugar antes de la definitiva separación de Chona y Salvador hasta un día en que

UNIVERSIDAD DE CHILE
"ALFONSO REYES"
Lote. N.º 25 SANTIAGO, CHILE

el retrete azul y el jardín y todos los encantos de los amantes apasionados, se cambiaron por una casita de miserable apariencia en donde Chona, en compañía de una anciana y cambiándose el nombre, determinó esperar el fin de sus días, ignorada del mundo.

Esta casita estaba inmediata á la iglesia de la Cruz en Querétaro.

Salvador, haciéndose una violencia de que ya desconfiaba él mismo, procuró reconquistar su aire habitual, y sus costumbres de solterón, sus expansiones de calavera, pero.... ¡cosa rara! no podía; por el contrario, todo cuanto le rodeaba lo ponía triste, todo lo encontraba malo y defectuoso, y no encontraba satisfechos sus deseos ni en medio de los placeres mas vehementes, ni rodeado de todas las comodidades.

Salvador pretendió aturdirse y no podía conseguirlo.

El vino no lo embriagaba ni le embrutecía; las mujeres no le movían ni le importaban.

Salió Salvador de Querétaro para México, en compañía de unos españoles ricos que habían formado en la casa de diligencias una tertulia alegre y bulliciosa; en México permaneció Salvador los días necesarios para hacer sus preparativos de viaje, y en seguida tomó el camino de Veracruz.

Se proponía viajar por los Estados- Unidos, pasar luego á San Francisco, vivir allí un poco de tiempo y embarcarse finalmente con dirección á Buenos Aires.

El recuerdo de Chona lo perseguía á su pesar, y aquel recuerdo era como una gangrena que lo corroía.

Aún intentó aturdirse, pero atravesaba pueblos y ciudades, pareciéndole que se habían acabado las mujeres: en sus mismos brazos lo sorprendían las visiones de su pasado, y derepente solía ponerse como insensato.

Sentía no sentir ya nada.

Le estaban reservadas emociones de distinto género.

Recibió una carta de su familia con no-

ticias funestas, acerca de sus intereses.

Cuando acabó de leer aquella carta, exclamó con profunda amargura.

—¿También pobre?

Y se quedó meditando por largo tiempo.

—Voy á darme permiso de vivir hasta donde pueda sostenerme en mi esfera ¡yo pobre!

Afortunadamente es tan fácil cortar esta hebra que se llama vida.

¿Para qué le sirve á uno esto?

Yo encuentro muy sabio, el que las mariposas se mueran poco después de sus amores.

Cuando yo acabe de poner mi último huevo, me acostaré á dormir.

Sin Chona pase, ¡pero sin dinero!...

¡Yo pobre! como si hubiera yo nacido de las piedras. ¡Ah! no, no, mil veces no!

Me ocurre también hacer un entreacto de cognac ó bien de Kirsch. La embriaguez tiene ciertos misterios que no me son de todo punto indiferentes.

Probemos.

Salvador bebió, pero para ahogar su alegría.

Jamás borracho alguno fué mas tétrico.

En su primera embriaguez todos los ruidos cesaron á su derredor.

Sólo escuchaba el canto monótono y triste de una tórtola.

Esas dos notas aflautadas de la tórtola, que llegan con el viento á gran distancia, eran para Salvador el mas desgarrador de los lamentos.

—¿Qué habrá en esos animalitos de triste y de terrible?

¿Dónde habrán aprendido ese gemir tan amargo? ¡Silencio! ¡yo podré creer en vuestras desventuras pero no en vuestra inocencia!

Estoy cierto de que aquellas tortolitas que maté en la casa del tío Mateo, han de haber sido dos espíritus románticos que me la están guardando.

¿He apurado el Kirsch, sólo para escuchar esa canción odiosa, ese lamento que me horripila?

¡En todas partes tórtolas!...

El Kirsch es un licor triste, renuncio al Kirsch, probaré otra droga de esas, apelaré al Rom..... ó al sueño.

Durmamos, si puedo, porque me va sucediendo que el diablo está de muelas torcidas con mi individuo.

Tendré que ocurrir al *hatchis*, cosa que como de origen celestial, no ha de gustar al diablo.

No tuvo tiempo Salvador para entregarse á esos remedios.

Cayó en manos del médico.

Salvador no había notado su enfermedad y juzgó pasajero el primer accidente.

El médico sabía que Salvador tenía ya con qué divertirse.

—¡Qué diablo! exclamó Salvador, hasta mi naturaleza se revela, curémonos, cúreme usted doctor, me fastidia la miseria de enfermarme como una dama: las enfermedades son la pifia por excelencia de la humanidad, no he visto cosa mas ridícula que un paciente.

¡Enfermarme! y por añadidura en este pueblo triste y monótono.

Salvador en su viaje á Veracruz no había podido pasar de San Agustín de Palmar.

Todas las mañanas lo despertaba el arrullo de una tórtola.

—Sí; muy buenos días, detestable plañidera, llorona interminable: quisiera yo saber, decía Salvador, á quién se le debe la invención de esas dos notas de obóe con que me atormentas desde tan temprano..... ¡Ya me va cargando esa tórtola!

—¡A ver! Antonio!

Entró un jayan á la habitación.

—Mira, toma mi escopeta ¿oyes cantar esa tórtola?

—Sí, señor.

—Mátala, y en seguida toma de sobre mi mesa un peso para que la entierres.

Salió el criado sin replicar.

Salvador volvió á entregarse á sus reflexiones en medio del malestar de sus dolores, que eran los que se encargaban de des-

perarlo todas las mañanas, antes que las tórtolas.

Se oyó no muy lejos una detonación.

—¡Diablo, exclamó Salvador, ya cayó!

Volvió á poco el criado trayendo una tortolita muerta: la puso sobre la mesa y tomó un peso.

Pero no bien lo había tomado, rompió de nuevo el aire el canto de otra tórtola.

—¡Bestia! gritó Salvador, ¿no te dije que mataras á esa llorona?

—Sí, señor; aquí está.

—¡Óyela!

—Es la otra, señor.

—¿Cuál?

—La viuda.

—¡Mátala también, á toda la familia! ¿lo entiendes? á peso por cabeza, lleva el polvorín.

—¿Y los papeles? objetó el criado.

—¿Qué papeles?

—La medicina.

—No puedo curarme con esa música, ó se callan esos animales ó... vete, mata á

todas las que lloren; pacifica la selva, al estilo del gobierno, que no me canten más, corre!

El criado salió provisto de pólvora y municiones.

A poco llegó el médico.

—¡Doctor! le dijo Salvador, no estoy bien, ¿me falta mucho?

—Probablemente: se había usted olvidado de que tenía dentro del cuerpo un germen de destrucción y este germen se ha desarrollado, esa fatal ponzoña se ha apoderado de la sangre, y va dejando huellas y haciendo estragos por todas partes.

—¡La sangre! exclamó Salvador ¡la sangre! he aquí un licor melindroso ¿qué le importa á mi sangre mi vida privada?... Doctor, si este licor ya no sirve, tenga usted la bondad de suprimirme, supuesto que el hombre tiene necesidad de transjir con ese *colonche* tan susceptible y por desgracia tan necesario.

Yo he perdido algunas libras de sangre,

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FUND. 1825 MONTEBAY, BUENOS AIRES

en un desafío, y me sentí bien en seguida: sángreme usted doctor.

El doctor se sonrió.

Los doctores tienen una sonrisa, que científicamente quiere decir «¡bruto!»

Los pacientes aguantan también esas sonrisas.

—¿Y la garganta? preguntó el doctor como para cambiar de conversación.

—¿La garganta? estoy apto para cantar una aria de bravura: un vals.

—A ver.

Y el médico apoyó una espátula en la lengua de Salvador, y observó.

La destrucción iba en aumento.

Es cierto que Salvador respiraba mejor, pero si Salvador hubiera podido oírse á sí mismo, hubiera notado que con respecto al tono habitual de su voz, estaba un punto bajo.

—¿No es verdad que estoy mejor?

—Sin embargo.

Y el doctor recetó nuevas pociones y se decidió por un tratamiento mas enérgico.

Cuando Salvador volvió á quedarse solo, llamó á su criado; pero nadie le respondía: después de desgañitarse, entró una mujer.

—¿Dónde está el criado? preguntó Salvador furioso.

—¿Pues no lo mandó su merced á matar tortolitas?

—¡Malditas tórtolas! ¡váyase usted! siempre, siempre las tórtolas!

Y luego agregó cuando estuvo solo.

—¡Y este correo! ¡van tres cartas que escribo y no tengo contestación! no cabe duda en que este es un país de bendición... ¡y de tórtolas!

Si no vienen mis amigos á sacarme de este infierno, daré al traste con la poca sangre que me queda, para rendir la jornada y pasar á Marte en derechura; donde de seguro no hay tórtolas.

